

EL DR. JOAQUÍN MELLADO, *IN MEMORIAM*:
LA TRANSCRIPCIÓN DE LA INSCRIPCIÓN SEPULCRAL
DEL OBISPO CABALLERO Y GÓNGORA EN LA CATEDRAL
DE CÓRDOBA

Manuel Peláez del Rosal
Académico Numerario

Excmo. Sr. Presidente, Excmo. Sr. Rector Magnífico, Cuerpo Académico, Querida familia, Respetable auditorio, Sras. y Sres.:

La producción científica del que fuera numerario de nuestra Corporación hasta reciente fecha, que en esta sesión solemnemente recordamos, el Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Mellado Rodríguez, se encuentra relacionada científicamente en Internet (Dialnet) y en la obra *Boletín de la Real Academia de Córdoba: Cien años de divulgación (1922-2022)*, en cuanto a sus colaboraciones académicas. Me encuentro obligado moralmente por ello a participar en este acto, como ya lo hiciera en un lejano mayo del año 1990, en mi condición de director de esta noble Casa, con ocasión de su discurso de ingreso que versó sobre «Los textos del fuero de Córdoba y la regulación de los oficios municipales», con el mío de contestación titulado «Organización judicial, jurisdicción y proceso en el Fuero de Córdoba», ambos estudios recogidos en nuestro Boletín número 118, y también en el correspondiente opúsculo número 2 de la Colección *Discursos*, impreso por Gráficas Azahara.

Quiero por todo ello contribuir ahora de nuevo comentando un valioso trabajo del Dr. Mellado menos conocido y que albergué en mi *Revista Fuente del Rey* en el número 72 correspondiente al mes de diciembre de 1989, intitulado «Inscripción del sepulcro de don Antonio Caballero y Gongora»¹, cuando de nuevo la Academia se encuentra comprometida a celebrar con un denso programa de actos en honor del ilustre prieguense que fuera arzobispo de Santa Fe, virrey de Nueva Granada, presidente de su Real Audiencia y Capitán General y obispo de Córdoba, con motivo del tercer tricentenario de su nacimiento.

¹ J. Mellado Rodríguez, J., «Inscripción del sepulcro de don Antonio Caballero y Góngora», en *RFR* núm. 72 (diciembre 1989), pp. 10-11.

No era la primera vez que esta fuente, la inscripción latina de la lápida del egregio eclesiástico, se reprodujera. Lo hizo —que sepamos— Luis María Ramírez y de las Casas Deza, en su libro *Descripción de la Iglesia Catedral de Córdoba*, en su edición de 1866 y más adelante en el tiempo, en 1951, el colombiano José Manuel Pérez Ayala, en su obra biográfica *Antonio Caballero y Góngora, virrey y arzobispo de Santa Fe (1793-1796)*, y en tiempos más recientes Manuel Nieto Cumplido en la obra colectiva *Antonio Caballero y Góngora, arzobispo de Santa Fe de Bogotá, obispo de Córdoba*, en 1989, pero todos ellos sin la consiguiente transcripción.

Y este fue el reto. El Dr. Mellado se atrevió con absoluta pericia a traducir la leyenda existente en la sepultura, dando a conocer su *intrínquilis*, que dice así:

QUIENQUIERA QUE SEAS/
 CAMINANTE
 QUE TE DETIENES
 JUNTO A ESTE MONUMENTO/
 HE AQUI DONDE SE GUARDAN
 LAS RELIQUIAS/
 DE UN RELIGIOSISIMO OBISPO/
 EL EXCMO. E ILMO. DOCTOR/
 D. ANTONIO CABALLERO Y GONGORA/
 EL UNICO
 ENTRE LOS PRELADOS
 DISTINGUIDO
 CON LA GRAN CRUZ/
 EN LA REAL ORDEN DE CARLOS III;
 CANONIGO LECTORAL/
 EN OTRO TIEMPO/
 DE ESTA SANTA IGLESIA CORDOBESA/,
 DESPUES OBISPO
 EMERITENSE/
 EN YUCATAN/;
 POSTERIORMENTE ARZOBISPO
 DE SANTA FE
 DE BOGOTA/,
 EN EL REINO
 DE NUEVA GRANADA/
 Y OBISPO FINALMENTE
 DE CORDOBA/.
 DESPUES DE DESEMPEÑAR
 TANTOS CARGOS EPISCOPALES

CON SOBRIEDAD/
SABIDURIA, PRUDENCIA,
HOSPITALIDAD Y PAZ/,
TRAS EJERCER CON GRAN DIGNIDAD/
EL VIRREINATO
EN EL MENCIONADO REINO
DE NUEVA GRANADA,
DESPUES DE RESTAURAR LA PAZ/
Y LA OBEDIENCIA DEBIDA
EN LOS PUEBLOS REBELDES/,
EXTRAORDINARIAMENTE
MERECEDOR
DE PARTE DE LA IGLESIA
Y DE SU PATRIA/
Y DIGNO
DE QUE EL PODEROSISIMO
REY NUESTRO CARLOS IV/
SOLICITARA
ANTE LA SANTA SEDE/
SU NOMBRAMIENTO COMO CARDENAL
DE LA SANTA IGLESIA ROMANA/.
A LOS 72 AÑOS DE EDAD/,
EL DIA 24 DE MARZO DE 1796/
MARCHO DE ESTA VIDA/.
QUIENQUIERA QUE SEAS, DIGO/,
CAMINANTE QUE TE DETIENES/
ELEVA TUS MANOS
A DIOS ÓPTIMO MÁXIMO/
Y PIDE PARA SU ALMA/
QUE DESCANSE EN PAZ/².

² D(EO) O(PTIMO)M(AXIMO) QUISQUIS AD HOC MONIMENTUM ASTAS
VIATOR/EN UBI RELIGIOSISSIMI ANTISTITIS/ OSSA CONDUNTUR/
EX(CELLENTISSIM)US ET; IL(LLUSTRISSIM) MUS D(OMINUS). D(OCTOR).
ANTONIUS CABALLERO ET GONGORA/ UNUS EX PRAELATIS IN
REG(IA). ORD(INE) CAR (OLI) III/ MAGNA CRUCE INSIGNITUS/. CA-
NONICUS OLIM LECT(ORALIS) HUIJUS S(ANCTAE) ECCLE(SIAE) COR-
DUB (ENSIS) EMERITEN (SIS) DEIN IN JUCATANIA ANTISTES/
S(ANCTAE) FIDEI DE BOGOTA POSTMODU(M) IN NOVO REG(NO)
GRAN(ATENSIS). ARCHIPRESUL/ CORDUBENSIS DEMUM EPISCOPUS/
POST TOT EPISCOPALIA MUNIA SOBRIE DOCTE/ PRUDENTER HOSPI-
TALITER ET PACIFICE/ FUNCTAE; POST VICES REGIAS IN DICTO N
(OVO) REG (NO) GRANAT(ENSI) PREACLARE GESTAS/; POST RE-
BELL(ES) POPUL(OS) AD PACEM DEBTAM(QUE) OBED(IENTIAM) COM-
POSITOS/, DE ECCLESIAE ET PATRIA OPTIMAE MERITUS/ DIGNUS-
QUE/ QUI A POTENTISIMO REGE NOSTRO CAROLO IV/ APUS
S(ANCTAE) R(OMANAE) E (CCLESIAE) CARDINALIS PETERETUR/; AN-

No queda en este lacónico epitafio el *totum* de su contenido. El Dr. Mellado añadió el siguiente comentario:

Se trata de una inscripción funeraria de estructura simple y muy conocida en su género: comienza dirigiéndose al lector anónimo para informarle de los méritos que acompañaron en vida al difunto, y de la edad a la que murió. Concluye pidiendo una oración por el alma del difunto.

El comienzo es un auténtico clisé que se remonta a la Roma republicana siglos antes de Cristo, cuando las tumbas flanqueaban las vías de acceso a la ciudad y en sus lápidas aparecían frecuentes referencias al viator, al caminante que por curiosidad o para descansar se detenía ante la tumba.

Si alguna cualidad merece destacarse en el texto es su sobria corrección. Encontramos un latín correcto y sencillo, pero no totalmente ajeno a intenciones estilísticas, como la gradación *olim...dein...postmodum demum*, la distribución de estas mismas partículas en sus respectivos sintagmas, y la perífrasis e *vita mi-gravit*, de evidente sabor poético.

La parte más elaborada está en el fragmento en que enumera el *cursus honorum* religioso (parte central de la primera columna); en él estudia a conciencia la distribución de las palabras y consigue efectos interesantes: obsérvese el recurso utilizado en *unus...insignitus* (líneas 10-12), abrazando todo el sintagma, en el que se aprecia cierto valor estilístico que va *in crescendo* en la secuencia siguiente: *canonicus olim Lectoralis ... emeritensis dein in Jucatania antistes*, donde aparecen expresados en orden opuesto, es decir, en construcción quiástica, los términos *canonicus* y *antistes* para subrayar el importante salto cualitativo en el curriculum del difunto (su acceso al episcopado). Es oficio, pero da la impresión de no querer salirse de la sobriedad de expresión, salvo los detalles apuntados: véase a este respecto cómo la distribución *unus...insignitus* que acabo de comentar positivamente, más adelante queda reducida a un calco que se repite machaconamente como un ejercicio escolar: *post tot episcopalia munia... post uices gestas ... gestas... post rebeles populos... compositor*.

La edición del texto, por su parte, es también buena. Sólo cabe hacer un par de precisiones: una errata en la primera columna, línea quinta por el final (FACIFICE –muy borroso– por PACI-

NUM AETATIS SUAE AGENS/SEPTUAGESS(IMUM) SECUNDUM/ DIE XXIV/ MENSIS MARTII ANN(I) D(OMINI) MDCCXCVI/ ET VITA MIGRAUIT/ QUIQUIS, INQUAM, ASTAS VIATOR/ AD D(EUM) O(PTIMUM) M(AXIMUM) PALMAS LEUA/ PISSIMAEQUAE ANIMAE PRECARE/ UT/ R.I.P.

FICE), y una omisión de cierta importancia: el editor no ha transcrito los signos de puntuación muchos de los cuales todavía hoy pueden leerse, a pesar de que la lápida se encuentra en uno de los lugares más transitados (y, en consecuencia, desgastados) de la mezquita-catedral.

La muerte del prebendado acaecida a las seis menos cuarto de la mañana del Jueves Santo 24 de marzo de 1796, fue al decir de la prensa madrileña (el periódico *El Mercurio de España*), «sumamente sentida por sus diocesanos, que prometían las mayores felicidades de su literatura, caridad y demás virtudes». Si su entierro fue un tanto sobrio y rocambolesco, en secreto, no pudiendo embalsamarse el cadáver por las evidentes señas de corrupción de que daba su cuerpo, e inhumándose el mismo día después de los maitines llamados de Tinieblas, a las doce horas de ocurrir la defunción, en el centro del trascoro sin pompa ni solemnidad alguna, los funerales que se celebraron el 30 de marzo compensaron el parco y austero sepelio. Todas las campanas de la ciudad doblaron sin cesar durante 24 horas, tardando medio año en celebrarse las pertinentes honras fúnebres el 29 de noviembre, en la capilla de Nuestra Señora de Villaviciosa con lujoso catafalco, símbolos, trofeos y cartelones propiciados por el Cabildo eclesiástico.

Queda por descifrar, sin embargo, otro enigma. Quién fuera autor de la lauda sepulcral: ¿don Nicolás Amat y Cortés, canónigo magistral autor de la Oración fúnebre? Lo más probable. En ella la leyenda no concluye con las últimas ocho líneas indicadas *supra* sino con estas otras:

VIRO INCOMPARABILI, PARENTI ÓPTIMO,
INDEFESO PASTORI
NECESSARI, OFICIALES, AMICI
HOC LUGUBRI, QUO POSSUNT, APPARATU
ÍNTER SUSPIRIA ET LACRIMAS
JUSTA PERSOLVUNT.

(A ESTE SIMPAR VARÓN, EL MEJOR DE LOS PADRES,
PASTOR INFATIGABLE,
SUS AMIGOS, ALLEGADOS Y SERVIDORES,
SIN APARATO NI POMPA,
RINDIERON LOS ÚLTIMOS HONORES
ENTRE SUSPIROS Y LÁGRIMAS).

La Historia, que es *magister vitae*, hace posible que el arzobispo-obispo de Córdoba esté vivo esta noche como lo está en la memoria el académico don Joaquín Mellado, que nos ha concitado con el sereno aplauso de cuantos me oyen y le escuchan.

